

Cedice

INTERVENCIONISMO Y CRISIS

Fernando Salas Falcón

Premio Internacional

Ludwig von Mises

1988

## PRESENTACION

La monografía que hoy publicamos, es el trabajo presentado por Fernando Salas Falcón para optar al premio Ludwig von Mises del año 1988, el cual obtuvo el Primer Premio de ese concurso internacional anual para los pensadores que creen en la libre iniciativa del ser humano y que luchan por el desarrollo de una sociedad libre y responsable.

Al releer Intervencionismo y Crisis, me viene a la memoria la descripción de un periodista americano, Bruce Herschensohn de KABC-TV de los Ángeles, California. Narraba sobre su visita a la Plaza Roja de Moscú: "Con un cielo gris, mujeres mayores con sus largas medias de lana, enrolladas hasta el tobillo, barrían los restos de una tormenta de nieve hacia los charcos de agua provenientes de la nieve derritiéndose. No tenía idea a dónde irían a llevar el agua sucia. Había una larga fila de personas esperando para entrar al Mausoleo fuera del Kremlin, uno que otro peatón en el vasto y vacío espacio de la Plaza Roja. Opuesto al Mausoleo había una multitud tratando de penetrar en la tienda del Estado. Puede oír algunos comentarios:

"Nuestro nuevo líder es diferente a aquellos anteriores que hemos conocido"

"El ha dado oportunidades a la gente creativa para mayor libertad"

"El está cambiando nuestro sistema económico".

"El quiere moratoria nuclear".

"El no ha contado la verdad sobre Stalin y lo que este hizo".

"Siempre lo sabíamos, pero nunca lo podíamos expresar y ahora si podemos".

"Tenemos nuevas libertades".

"El nos está llevando a una nueva era democratización".

Es una experiencia que nunca olvidare, aquel día en la Plaza Roja con esos ciudadanos soviéticos que estaban orgullosos de su nuevo líder. Era 1960 y ellos estaban hablando de Nikita Khruchev.

Parece querido Ludwig von Mises estuviera hablando igual en 1927 y muchos hombres y mujeres de Europa Oriental estarán diciendo algo similar durante los últimos meses.

La realidad está todavía por verse, a los hombres se nos juzga por nuestros logros y no por nuestras intenciones. Y lo que son más importante aún, nuestras sociedades son lo que sus miembros piensan y creen. Las manifestaciones externas importan, pero ellas no serán duraderas si los principios e ideas que las produjeron no son permanentes sino tienden a ser olvidadas con el tiempo.

Para que esas sociedades socialistas puedan efectuar su transformación, es preciso que la esfera de lo **individual** siga aumentando en relación a lo colectivo; que la descentralización se haga realidad y que cada uno de nosotros, miembros de cualquier sociedad, tengamos peso en las decisiones que se tomen y que nos afecten.

Menciona Fernando Salas Falcón, en su trabajo que: "lamentablemente, la crisis actual resulta de difícil superación" y "que la reformulación del esquema desde el intervencionismo hacia la economía de mercado, aun cuando sea a través de sucesivas aproximaciones en la única salida a la crisis actual de los países tercermundistas".

En Cedice nos sentimos orgullosos de divulgar el excelente ensayo de Fernando y felicitarle por la obtención de premio internacional.

**Jesús Eduardo Rodríguez**

Vicepresidente

Compartimos en Cedice nuestra admiración por su elevada capacidad intelectual y bello estilo literario".

Carolina Bolívar

Presidente Ejecutiva

Premio Ludwig von Mises

## Honor a quien honor merece

El Premio Internacional Ludwig von Mises, fundado en 1983 por Simón y Carolina Bolívar.

Este gran esfuerzo y aportación cobra especial relevancia porque a lo largo de estos seis últimos años ha trascendido el ámbito de la crítica para aportar soluciones reales, muchas de las cuales hoy por fortuna empiezan a implantarse.

Basadas en las enseñanzas de la Escuela Austriaca cuyo máximo representante es precisamente Ludwig von Mises, los directores del Premio han trabajado intensamente para dar a conocer mundialmente la filosofía de la libertad, convencidos de que las ideas tienen consecuencias y de que el origen del éxito o fracaso de un país depende de ellas.

Es así que cada año grandes pensadores, filósofos y economistas reconocidos a nivel internacional han venido a México a exponer sus ideas y programas que han hecho posible los milagros económicos de varios países como Alemania, Japón, Taiwán, Hong Kong, Singapur e Inglaterra. Aunado a esto, el Premio Internacional Ludwig von Mises no sólo ha promovido estas ideas una vez por año, sino que ha sido un verdadero semillero de destacados intelectuales que actualmente trabajan en el campo de las ideas y de la enseñanza a todos los niveles y en todos los ámbitos para hacer el milagro económico.

# INTERVENCIONISMO Y CRISIS

Por: Fernando Salas Falcón

- I. El socialismo ha muerto...  
¡ viva el intervencionismo!

“El ideal socialista puro va paulatinamente perdiendo partidarios. A ello han contribuido, de un lado, los importantes estudios de tipo económico y sociológico últimamente aparecidos, demostrativos de la inviabilidad del sistema, y, de otro, los inocultables fracasos de todos los ensayos socialistas practicados; tales hechos están desanimando hasta a los más fervientes marxistas”. Esas afirmaciones las hizo Ludwig von Mises ya en 1927<sup>(1)</sup>. Y si, ciertamente, tenía entonces validez, en 1988 la tienen todavía más.

En el campo de la teoría, el propio von Mises demostraría muy temprano, en una de sus obras fundamentales, la imposibilidad del cálculo económico en el socialismo y, por ende, la inviabilidad del esquema socialista: “En donde falta mercado no pueden formarse precios, y sin formación de precios no hay cálculo económico”, concluyó <sup>(2)</sup>. Muchos otros teóricos han llegado a similar conclusión, mientras que miles de análisis de marxistas y socialistas no han podido aportar pruebas científicas en contrario.

Y, en el terreno de los hechos, las evidencias son cada día más demoledoras. No se trata ya de recordar las experiencias que, de alguna clase de socialismo, han padecido países asiáticos, africanos y latinoamericanos (de ese llamado Tercer Mundo). Ni de citar lo que ha pasado y está pasando en las relativamente más avanzadas economías de los satélites rusos en la Europa del Este. ¡Es que en la propia “patria del socialismo” están tocando a rebato!

En efecto, la inviabilidad del socialismo ha quedado de manifiesto, en la práctica, nada menos que en la URSS. Por supuesto, esto no es un hecho de data reciente. Pero si es de los días actuales la aparición del que quizás sea el más terrible

análisis relativo al fracaso del socialismo en Rusia “Perestroika”, de Mijail Gorbachov (3). El todo poderoso Secretario General de la Unión Soviética (y jefe máximo de su país) ha expuesto como el socialismo ha llevado a la URSS, de 1917 hasta nuestros días, a un atolladero sin salida, especialmente en lo económico, pero también a la crisis política y social. Confiesa Gorbachov, por ejemplo, que el socialismo ha fracasado en “enfrentar los crecientes requerimientos de viviendas, en calidad y algunas veces en cantidad de productos alimenticios, en la organización apropiada del transporte, en servicios para la salud, en educación y en la solución de otros problemas...”y”...hay una evidente falta de eficiencia en el uso de los logros científicos para las necesidades económicas, y muchos de los artefactos domésticos soviéticos son de mala calidad”(4).

A confesión de parte, relevo de pruebas. Tan desanimado está quien debería ser el “más ferviente marxista”, que abjura del que tal sea el dogma fundamental de su doctrina: “el socialismo no puede asegurar condiciones de vida y consumo de acuerdo con el principio **de cada uno de acuerdo con su habilidad, a cada uno de acuerdo con sus necesidades**. Eso será bajo el comunismo. El socialismo tiene un criterio diferente para la distribución de los beneficios sociales: **de cada uno de acuerdo con su habilidad, a cada uno de acuerdo con su trabajo**”(5).

Parece evidente, así, que, tal como lo anunciara von Mises hace 60 años, el socialismo “puro”, el marxista-leninista, ha muerto. Pero eso no quiere decir que no halla todavía dolientes. Los hay y muchos. Esta viva y actuante la amplia gama de la parentela. El nutrido espectro de otros “socialismos”, de la socialdemócrata y la democracia cristiana, y de los numerosos “ismos” que se agrupan bajo el denominador común de creer que la solución está en una síntesis de los mejores elementos de los sistemas de mercado, por una parte, y socialista, por la otra.

Von Mises lo advirtió a su tiempo: “...capitalismo de estado, economía planificada y socialismo de estado, difieren sólo en puntos accesorios del ideal clásico del socialismo igualitario” (6). Frederic Bastiat lo dijo de otra forma: Proteccionismo, Socialismo y Comunismo, son una misma planta en tres etapas distintas de su crecimiento” (7). Pero los partidarios de este camino alterno

han creído y siguen creyendo que, conservando algunos rasgos del sistema de mercado, se pueden simultáneamente introducir elementos de socialismo, para “corregir las deficiencias del mercado”.

Y, en la práctica de esta creencia, los elementos que han introducido, donde quieran que han podido, consisten en intervencionismos de todo tipo en los mercados. El socialismo ha muerto, sí. Pero el intervencionismo, el conjunto de ideas, doctrinas, teorías económicas y ejecutorias que puedan agruparse en la denominación común de intervencionismo, está bien vivo. Y en ese creer y ese actuar que, por décadas, han azotado al mundo, está la génesis de la crisis que hoy lo conmueve. El socialismo “puro” es el responsable de los problemas (de la inviabilidad) que agotan al mundo comunista. Y sus parientes cercanos, “las terceras vías”, están conduciendo también por caminos de inviabilidad a los países “tercermundistas” de Asia, África y América Latina. Y, a más largo plazo, pero también indefectiblemente, a las naciones desarrolladas de Occidente.

## II. Del mercado al socialismo.

“Han inventado las gentes... multitud de ‘terceras soluciones’, situadas, en opinión de sus autores, a mitad de camino entre el socialismo y el capitalismo. Los partidarios de tales sistemas aseguran que no son socialistas, pues mantienen la propiedad privada de los medios de producción, y que tampoco son capitalistas, pues imponen medidas tendentes a suprimir los **defectos** del mercado” (8). Estos teóricos \_\_\_y, lo que es peor, estos “prácticos” de la política y la economía \_\_\_olvidan algunas cosas esenciales.

En primer lugar, no basta con la declaración formal de que se respeten los derechos de propiedad individual y, por ende, se acepta la propiedad privada de los medios de producción.

Para que una sociedad y una economía sean realmente abiertas, deben darse simultáneamente tres condiciones: propiedad privada, mercado libre, y gobierno limitado (características que implican, por supuesto, otras como intercambio voluntario, cooperación pacífica, competencia, etc.). Y ocurre que en las sociedades de “economía mixta” las potestades del gobierno han tendido y tienden a ser **ilimitadas**.

Por lo cual se multiplican las interferencias gubernamentales en el mercado y los atropellos directos o indirectos a los derechos individuales de propiedad (sobre los instrumentos de la intervención estatal se comentara algo adicional más adelante). Es decir que, en los esquemas de “terceras vías” no se dan, en realidad las condiciones de una economía libre. Han sido, son y tienden a ser cada vez más, simplemente sistemas intervencionistas. No pueden ser de otra forma y lo que representan es el transito, sin revoluciones ni otras alharacas, pero sin pausa, hacia el único otro modelo de organización posible: el socialismo.

Porque, en segundo lugar, la existencia de una economía mixta sólo es posible **si y sólo si** se producen cambios **desde** el mercado **hacia** el socialismo. La inflexibilidad, la rigidez, el totalitarismo de organización socialista hace prácticamente imposibles cambios que lleven a aproximarse a algo que se parezca al sistema de mercado y libertad. Los modestos intentos que se han visto en los últimos tiempos en la China de los herederos de Mao en la Europa comunista, no son más que eso: modestos intentos. Como lo son los de la Rusia de Gorbachov: la “perestroika” está condenada al fracaso mientras su líder insta tercamente en que no se trata de ir hacia el mercado y el capitalismo, sino de explotar las “inmensas potencialidades” del socialismo para mantenerlo como modo de organización de la sociedad soviética.

En cambio, en los sistemas de mercado (o de aproximaciones al mercado) **sí** se avanza hacia el término medio en el cual se ha cifrado ilusorias esperanzas. Pero, en la medida en que fracasan las acciones de intervencionismo, de interferencias del mercado, de lesiones a los derechos de propiedad, se piensa que ha faltado audacia. Que la injerencia y la estatización resultan aun pocas y por ello no dan los frutos esperados.

Que el gobierno es aún muy limitado. Y, en consecuencia, se profundiza los ataques. Ante nuevos fracasos, se repite la receta. Y Así sigue el proceso **hasta que devienen las crisis** y, lo que es más grave, hasta que la economía resulta ser, en los hechos, mucho más socialista mixta.



Por lo demás, el asunto no se circunscribe sólo a lo económico. La eliminación o la simple restricción de una libertad afecta a otras libertades y, en definitiva, a **la** libertad.

Con el crecer de toda o de una parte de la libertad económica, se van liquidando o restringiendo también otras libertades y **toda** la libertad. Como el proceso de liquidación del mercado avanza sin pausas, junto con la crisis económica cada vez hay menos libertad. De manera que, si no se pone coto a tal evolución, más temprano que tarde una sociedad inmersa en tal proceso puede encontrarse, aunque no haya habido declaratoria expresa, prisionera del sistema colectivista. Aunque no haya sido esa intención de los defensores de las “terceras vías”. Porque lo que han inventado no es una “solución intermedia”, sino un camino para ir del mercado al socialismo sin solución de continuidad. Estadio que ciertamente es tan efectivo como el socialismo “puro” para llevar a numerosas sociedades a la crisis y a la inviabilidad económica, como lo está demostrando la historia contemporánea.

### **III. Los fines declarados del intervencionismo**

El mundo occidental (el Norte y el Sur) se entregó al intervencionismo. Resulto y continúa resultando poderosamente atractivo el señuelo representado por el sofisma de que con sólo ampliar indefinidamente los límites de la acción gubernamental, permitiendo al gobierno, en especial, interferir en el mercado, el gobierno protegerá y amparará la propiedad privada. No habrá socialismo. Habrá propiedad privada y mercado (sólo que “mejorado”). Olviden aquello del gobierno limitado y todos seremos prósperos y felices. Pero la realidad revela, como señalaba von Mises, que “la teoría y la práctica del intervencionismo van paulatinamente apartándose de aquello que lo distinguía del socialismo puro y simple, desembocando, finalmente, en omnicompreensiva planificación totalitaria”, ello en virtud de que “si puede el estado intervenir allí donde y cuando lo estime oportuno, no hay ya esfera económica alguna, en verdad, regulada por el mercado”<sup>(9)</sup>. Y al no poder los individuos decidir libremente como actuar económicamente, forzosamente verán mermados sus derechos de propiedad.

Porque lo que interesa no es el conjunto de fines que se pregone (por muy elevados que tales fines sean) sino la efectividad de los

instrumentos que se utilizan para la obtención de esos fines. De nuevo en palabras de von Mises, “lo que, sin embargo, hay que aclarar, es si tal régimen (el intervencionismo), desde un punto de vista social, resulta oportuno y conveniente” (10). Como se ha dicho, los intervencionistas pregonan que no hay intención de acabar con la propiedad privada, con los empresarios y con el mercado. Que lo que se busca es la mayor eficiencia económica de la sociedad, acompañada, para que sea realmente “buena” y deseable, del mayor grado de “justicia social”. Para lo cual no puede haber gobierno limitado. “El Estado debe intervenir-dicen- siempre cuando el ‘libre juego de las fuerzas económicas’ pueda provocar efectos recusables desde un punto de vista ‘social’. Creen compete al gobierno dictaminar en cada caso cuáles cosas sean y cuáles no sean ‘socialmente’ deseables, quedando la burocracia ampliamente facultada para determinar si procede o no la intervención de agentes estatales”(11).

Ahora bien, ¿es esto lo que realmente ha ocurrido y ocurre en el ámbito de los sistemas intervencionistas? ¿En verdad se ha logrado alguna vez los objetivos que estados y gobiernos han definido para justificar las ejecutorias intervencionistas?

En definitiva, ¿ha resultado el intervencionismo en los fines “socialmente deseables” perseguidos? ¿Como se ha señalado, estas son las interrogantes primordiales. Antes de entrar a la consideración de las respuestas conviene, sin embargo, hacer algunos comentarios en torno a la teoría económica que sustenta al intervencionismo.

#### **IV. La teoría económica subyacente**

Por supuesto, desde el señor feudal (o antes), pasando por el soberano absolutista y hasta llegar a los jefes de estados republicanos y democráticos, ha existido la tentación gubernamental de dirigir y controlar la mayor suma posible de actividades de los ciudadanos, pero, muy especialmente, las económicas. La economía adquiere categoría de disciplina científica sólo a partir de Adam Smith y, salvo las elucubraciones marxistas, la ciencia económica no produjo, hasta el primer tercio del Siglo XX, teoría alguna que fuese suficientemente difundida y creída como para servir de basamento al intervencionismo desatado que después se ha conocido. Tal

sustento sólo lo proporciona la aparición, en los años 30, de la "Teoría General" de Keynes (12). A partir de entonces, el keynesianismo ha sido el sustento teórico fundamental de las ideas y las acciones intervencionistas. En palabras de Rothbard: "La ciencia económica, hasta Keynes, había constituido impopular pero poderoso valladar frente a la creación dineraria y el gasto público deficitario.

Las cosas, sin embargo, iban pronto a cambiar; los economistas, en adelante, del brazo de Keynes, armados con una nebulosa, oscura y asistemática jerga, iban a montar populachera y provechosa coalición con políticos y gobernantes, todos ansiosos de aumentar su área de influencia y poder. La teoría keynesiana aparecía como cortada a la medida para ser la base intelectual del moderno estado bélico-providencialista, del intervencionismo y del estatismo"<sup>(13)</sup>.

No se trata, en esta oportunidad, de presentar en forma pormenorizada la teoría económica de Keynes y el recetario de la política económica keynesiana (esa tarea ha sido cabalmente cumplida por numerosos autores, el propio von Mises entre ellos). Sin embargo, no pueden obviarse unas breves consideraciones.

En cuanto a política económica, lo esencial de la tesis keynesiana puede resumirse en pocas palabras: estados y gobiernos deben atribuirse un amplio y activo papel para estabilizar la economía en el nivel de pleno empleo o, por lo menos, en un nivel próximo al pleno empleo, así como para prevenir o aminorar las fases de crisis y depresión del ciclo económico, para acelerar la etapa de recuperación y para promover el crecimiento económico y el desarrollo.

Keynes creyó que, en momentos de depresión económica, los gastos de consumo e inversión no podían cumplir, con energía autogenerada, su rol de motores que impulsan el crecimiento de la renta y el empleo. Que, por ende, se requería que al sistema se le inyectara desde afuera un combustible adicional indispensable para el proceso de recuperación y que el suministrador de ese combustible debía ser el estado, obligado a incrementar la corriente de la renta por medio del gasto público financiado por déficit presupuestario. En adicción, pensó que el estado puede también estimular la economía mediante "la

redistribución" de la renta, buscando incrementar la propensión al consumo (subsidios, seguros de paro, etc.). El efecto multiplicador del gasto se encargaría, según él, de acelerar el proceso así inducido.

Conviene hacer notar, antes de continuar, que todo el esquema descansaba en el supuesto de que el gasto público deficitario produjese un aumento del gasto total de consumo e inversión (la demanda agregada), puesto que si el sector público consumía e invertía recursos que, por su parte, el sector privado dejaba de invertir o consumir, en realidad no estaría pasando nada. Como se constató después, **si** pasaba algo. Solo que no para bien, sino para mal.

Era necesario, pues, la activa intervención del estado y de su brazo ejecutivo, el gobierno (mientras que, por lo demás, la frugalidad constituía un vicio en lugar de una virtud social). Sólo que a la tesis le aparecieron pronto (aun cuando no fueron considerados oportunamente) numerosos "talones de Aquiles", unos de índole teórica y otros conocidos a la luz de dolorosas experiencias.

Así, se patentizó que, más que una teoría general, como pretende ser, el análisis keynesiano corresponde en realidad a sólo un caso especial: el de la economía de la depresión y el desempleo. Las circunstancias de normalidad restablecen los postulados del análisis neoclásico y es sobre la base de este (y no del recetario keynesiano) que debe actuarse si se busca acelerar el crecimiento económico y el desarrollo. También resulta una visión parcial el keynesianismo si se considera que desdeña la cuestión microeconómica y, sobre todo, que se despreocupó por el problema a largo plazo, centrado su interés, por el contrario, en la coyuntura. De esto último deriva buena parte del fracaso demostrado por la aplicación, durante lapsos prolongados, de las formulas keynesianas.

Punto teórico muy discutible de la teoría resulta, además, el razonamiento que constituye otra de sus piedras angulares: la alta correlación entre renta y empleo. Este puede ser función de aquella a corto plazo, pero no necesariamente a plazos medianos y largos (Keynes no considero el elemento tecnológico). Y discutible es también el suponer que cuanto que cuanto mayor es la renta, menor es siempre el porcentaje de ella

dedicado al consumo, cuando la evidencia empírica histórica demuestra que, a largo plazo, cuando la renta "per cápita" se eleva el porcentaje destinado al consumo no baja, sino que se mantiene. Finalmente, el peso del interés en la determinación del nivel de inversión es mucho menor de lo que Keynes estimó.

Excepto para proyectos a muy largo plazo, el interés representa solo una parte relativamente pequeña de los costos totales.

Mucho más importante resulta ser la disponibilidad oportuna del crédito que su coste. Estas deficiencias teóricas se citan por cuanto de cada una de ellas el keynesianismo ha derivado erróneas conclusiones y, lo que es más grave, erróneas recomendaciones de política económica intervencionista.

Pero el punto central de la crítica al keynesianismo es el relacionado con la política fiscal deficitaria y dispendiosa que recomienda junto con su exhortación al gasto superfluo de los particulares, atacando las costumbres de esfuerzo, austeridad y ahorro. Especialmente importante es la observación de que si la expansión del gasto público deficitario ocurre simultáneamente con políticas expresas o tácitas de desánimo a la inversión privada (**lo que ha sucedido y sucede a menudo en el mundo del intervencionismo**), los efectos del gasto público como impulsor de la renta y el empleo se debilitan o se anulan, con lo cual no es que no haya pasado nada, sino que las situaciones empeoran.

Pero sobre todo, está la cuestión del ingrediente inflacionario inherente por definición a la ampliación de las políticas keynesianas. Siempre pensando en el corto plazo, Keynes y sus seguidores desdeñaron la realidad de una inflación continuada derivada de la inyección al sistema económico de una masa de dinero creada por arte de magia y sin la debida compensación en el ámbito no monetario. O, en otras palabras, la realidad de una demanda agregada estimulada más y creciendo más rápidamente que la oferta, gracias a las políticas de redistribución de la renta.

En última instancia-y por lo que atañe al Tercer Mundo y en especial a Latinoamérica-está la creencia Keynesiana de esa teoría, concebida para una depresión cíclica del mundo industrializado, podría aplicarse en todo momento y con éxito en países no desarrollados. Grave error. No vale para estas

economías la afirmación de que el consumo es inadecuado porque existe exceso de ahorro que no se canaliza hacia la inversión (sino hacia el atesoramiento: la famosa “preferencia por la liquidez” de Keynes). Lo cierto es que quizás no haya suficiente consumo, pero tampoco hay ahorro y, por el contrario, la escasez de ahorro constituye un factor limitativo del crecimiento de la inversión y de la renta. Por supuesto, tampoco es válida la embestida contra la abstinencia y la frugalidad, puesto que minimiza la posibilidad de un ahorro, como se ha dicho, muy necesario.

Y, en definitiva, cuando del Tercer Mundo se trata, no tiene mucha lógica armar con un garrote a un ciego enfurecido creyendo que lo utilizara con la mayor ponderación. Más o menos eso es lo que se ha hecho al suministrar a los estados tercermundista-o a los hombres que los gobiernan –el arsenal teórico pseudojustificador de la intervención estatal en asuntos tan serios como los de la economía.

#### **V. Instrumentos vs objetivos**

El débil sustento teórico real proporcionado por el keynesianismo fue reforzado con las doctrinas en torno a la seguridad social y el estado benefactor de otro noble inglés, Lord Beveridge. Y, en América Latina, con las propuestas mercantilistas-guipuzcoanas de la CEPAL y, más recientemente, con las tesis estructuralistas y los desarrollos, de origen marxista-leninista, de la llamada teoría de la periferia (o del centro-periferia) y la teología de la liberación.

¿Se logro, entonces, el objetivo de crecimiento económico consistente y de justicia y bienestar social pregonando como meta alcanzar por los intervencionistas? Rotundamente, **no**.

A menos que se considere exitoso este resultado que, sofisticadamente, denominan “economía mixta” o “capitalismo de estado”, para encubrir el más tremendo fracaso económico social y la creciente intervención de los gobiernos en todos los ámbitos de la economía (y no sólo en los que recomendó Keynes) y, lo que es más importante, en otros numerosos campos de la vida privada de los ciudadanos, que fue lo que sí se logro.

Y es que **tenía que ser así**. O, en otras palabras: es que los resultados del intervencionismo no pueden ser otros que los obtenidos. **Todos y cada uno de los instrumentos o medios**

**utilizados en los esquemas intervencionistas implican franca contradicción con los fines que se proclaman perseguir.** Y, sin olvidar que muchos de esos instrumentos terminan convirtiéndose en fines por sí mismos, no se pueden alcanzar nobles objetivos si se aplican medios que, por definición, van **contra** tales objetivos. Estas afirmaciones, por lo demás, no son descubrimiento reciente. Se supo y se dijo desde siempre. Desde el momento mismo en que la religión keynesiana e intervencionista comenzó a ganar millones de adeptos economistas y no economistas, quizás porque ofrece alegremente algo para todo el mundo.

Así, instrumentos del intervencionismo han sido, además de la interferencia en el mercado monetario implícita en las políticas fiscales deficitarias, los controles de precios de bienes y servicios y de los factores de la producción (regulación de intereses y toda la gama de injerencias en materia de remuneraciones al trabajo), proliferación de regulaciones de toda la índole (la asfixiante “permisería”, como se le llama en algunos países latinoamericanos, que hacen casi imposible el acceso a los mercados), proteccionismo a ultranza, reformas agrarias y otras expropiaciones, subsidios y otras transferencias unilaterales compulsivas, restricciones a la inversión extranjera, restricciones a la producción, estatización de empresas y de sectores completos a la producción, explotación por parte del estado de empresas y servicios monopólicos “básicos”, impuestos confiscatorios (en especial, la imposición progresiva).

Y, en fin, el menosprecio, patentizado de mil maneras, por los derechos de propiedad, por la vigencia del libre actuar de los particulares y por la búsqueda de beneficios y satisfacciones individuales.

Como se ha dicho, casi todos o todos los elementos de este recetario desencadenan resultados contradictorios con los fines buscados (bien sea los específicamente perseguidos con determinada política, o bien sea los anhelados con otra u otras políticas desarrolladas o por desarrollar). Y, en general, cada uno de ellos – y, por supuesto, el conjunto – conspira irreductiblemente contra los propósitos de crecimiento económico autosostenido y vigoroso y de bienestar social, pregonados como metas superiores.

Rebasa los límites de este ensayo en entrar a exponer “in extenso” las argumentaciones que demuestran, en base a la teoría económica elemental y a la praxeología, lo contraproducente de cada uno de los números instrumentos intervencionistas antes relacionados. Pero si conviene dejar sentado el concepto que, en esta materia, resulta fundamental. En efecto como bien señalara von Mises, cualquier injerencia estatal en el mercado (aún las indirectas) repercute sobre el consumo y sobre la producción. “Toda injerencia estatal en la actividad mercantilista, desde luego, desvía la producción del curso que hubiere seguido presionada tan sólo por los consumidores a través del mercado”<sup>(14)</sup>. Las señales del mercado resultan distorsionadas y se hace deficiente la asignación de los escasos recursos de la sociedad. Los demandantes, al no poder consumir lo que realmente hubiera consumido de no mediar la intervención gubernamental, terminan insatisfechos (y normalmente pagando costos más altos), mientras que los oferentes terminan utilizando sus recursos donde se los permite el gobierno (y no donde se lo exigen los consumidores por la vía del mercado), a un mayor costo, ineficientemente y, en consecuencia, con menor beneficio y también con insatisfacción. Unos y otros pierden. La sociedad pierde. No hay, en síntesis, “beneficio social”, sino mayores costos y pérdidas sociales. Los instrumentos arbitrarios para lograr nobles metas impiden el logro de esas metas.

## **VI. Crisis y perspectivas**

Y tan importante como la argumentación teórica resulta la demoledora evidencia de la experiencia histórica. El mundo occidental, después de dos decenios de feliz expansión keynesiano-intervencionista, lleva casi 20 años más de crisis en crisis (unas mayores que otras, pero todas importantes).

En particular, las consecuencias del intervencionismo en subdesarrollo Tercer Mundo – América Latina, por supuesto, incluida- han sido devastadoras. **Tales consecuencias configuran, en definitiva, la crisis actual.** Y el rosario de males es aterrador: déficit fiscal crónico y creciente, gigantismo del Estado, burocracia, corrupción administrativa, poco o nulo crecimiento económico, desempleo, inflación estructuras productivas incapaces de competir en los mercados



internacionales, monedas en permanente devaluación, deuda externa exorbitante, dependencia extrema (incluida la tecnología), exagerada desigualdad y hambre generalizadas, delincuencia, inseguridad jurídica, regímenes políticos dictatoriales, inestabilidad social. ¡Tales son los parámetros económicos-sociales que caracterizan la crisis y, más que eso, la vigencia del sistema intervencionista!

¿Las perspectivas? Mientras en las naciones más desarrolladas (cuyo panorama, dicho sea de paso, realmente no es tan desolador) se multiplican los esfuerzos por demostrar el tinglado intervencionista que, también allí sea ido montando, en los países tercermundistas aun parece quedar mucho camino por recorrer en esa dirección. Eso equivale a decir, lamentablemente, que la crisis actual resulta de difícil superación. En el corto y en el mediano plazo, sin lugar a dudas. Y, el largo plazo, sólo si desde ahora mismo se comienza, para continuar sin pausas, la reconversión del sistema. La reformulación del esquema desde el intervencionismo hacia la economía de mercado, aun cuando sea a través de sucesivas aproximaciones.

De cualquier manera, quizás debamos ser más optimistas que **von Mises**, que, en 1962 escribía: “Cuando, hace treinta y cinco años, quise resumir las ideas y los principios básicos de aquella filosofía social, que, un día, denomináramos *liberalismo*, no me cegaba vana esperanza; no suponía que mi exposición iba a evitar la eminente catástrofe largo tiempo gestada por los políticos europeos.

Pretendía, tan sólo, ofrecer, a la reducida minoría formada por quienes piensan, la posibilidad de conocer parcialmente los objetivos que persiguió y los triunfos que consiguió el liberalismo clásico, para, así, contribuir al resurgimiento de la libertad, después del desastre ya insoslayable <sup>(15)</sup>. Pero, ¿es éste el desastre esperado o aún queda más?

## VII. **A manera de epílogo: la deuda “eterna”**

Quizás los últimos párrafos precedentes luzcan exageradamente pesimistas. En descargo del autor, permítase recordar el discurso que, a estas alturas, se está exponiendo en torno a la cuestión de la deuda externa de los países del Tercer Mundo, en general, y latinoamericanos en especial.

“La deuda es impagable”, es la opinión que cada día gana más adeptos, aún entre la gente aparentemente muy sensata. Con ello se quiere significar que, o no se paga, o se paga en condiciones extraordinariamente ventajosas en cuanto a intereses y plazos (se “eterniza” pues). Las motivaciones se presentan como diáfanas: cada dólar que dejemos de pagar hoy es un dólar que se aplica a la superación de la crisis económico – social que nos agobia. No nos es dable pagar a costa del sacrificio de nuestros pueblos, argumentan. Las recomendaciones del Fondo Monetario Internacional (muchas de las cuales deberían acogerse independientemente de que haya y se pague o no deuda: reducción de los déficits fiscales, cese de controles de precios y demás injerencias en el mercado, liberalización de la economía, en síntesis) son rechazadas como provenientes del infierno.

Pero todos olvidan- o pretenden olvidar-el origen de la deuda. ¿Por qué debemos? Porque recurrimos a los prestamistas internacionales en procura de fondos para el desarrollo económico y social de nuestros pueblos. Y los gobiernos intervencionistas malbarataron, sin beneficio alguno para los pueblos, centenares de miles de millones de dólares. La corrupción, la ineficiencia, el dispendio, los proyectos faraónicos y económicamente irracionales, el afán redistribucionista, tornaron en polvareda tan enormes recursos.

Y ahora resulta que queremos más (por la vía de no pagar lo que debemos o por lo más feliz de que nos den nuevos empréstitos). ¿Y qué garantiza que, esta vez, los gobiernos intervencionistas sí van a utilizar provechosamente tal dinero, si es que encuentran algunos incautos que lo presten? Nada lo garantiza. El intervencionismo solo ofrece más de lo mismo. De lo que nos condujo a esta crisis de la que la deuda “eterna” es sólo parte y en ningún caso causa.

¿Quedan, así, muchas razones para el optimismo?

## Notas

1. **Ludwig von Mises.** LIBERALISMO. Unión Editorial, S.A. Madrid. 1977. Pp.98. (Editado en Alemán en 1927 por Gustav Fischer, Jean, en el Inglés en 1962, por Van Nostrand Co., Nueva York).
2. **Ludwig von Mises.** EL SOCIALISMO. ANALISIS ECONOMICO Y SOCIOLOGICO. Centro Naval, Instituto de Publicaciones Navales. Buenos Aires. 1968. Pp. 144. (Se trata de la Segunda Edición Castellana, puesto que hay una primera editada en México a finales de los años 50. La obra se publicó por primera vez, en alemán, en 1922).
3. **Mijail Gorbachov.** PERESTROIKA. NUEVO PENSAMIENTO PARA MI PAIS Y EL MUNDO. Editorial Oveja Negra. Bogotá. 1987
4. **Mijail Gorbachov.** PERESTROIKA. Pp. 19.
5. **Mijail Gorbachov.** PERESTROIKA. Pp. 96.
6. **Ludwig von Mises.** EL SOCIALISMO. Pp. 33-34.
7. **Frederic Bastiat.** ECONOMIC SOPHISMS. The Foudation for Economic Education, Inc. Invington-on-Hudson, New York. 1975.
8. **Ludwig von Mises.** LA ACCION HUMANA. TRATADO DE ECONOMIA. Unión Editorial, S.A. Madrid. 1980. Pp. 1040. (Se trata de la tercera edición española del tratado que von Mises publicara originalmente en 1949, ampliara en 1963 y editara definitivamente en 1966.  
La edición de Unión Editorial corresponde a esta edición de 1966, igual que la segunda edición española, que es de Editorial Sopec, S.A. Madrid. 1968).
9. **Ludwig von Mises.** LA ACCION HUMANA. PP. 1049.
10. **Ludwig von Mises.** LA ACCION HUMANA. Pp. 1046.
11. **Ludwig von Mises.** LA ACCION HUMANA. Pp. 1048.
12. **John Maynard Keynes.** TEORIA GENERAL DE LA OCUPACION, EL INTERES Y EL DINERO. Fondo de Cultura Económica. México. 1980. (Undécima reimpresión de la primera edición en español de 1943. La obra se publicó en inglés, por primera vez, en 1936).

13. **Murray N. Rothbard.** LO ESENCIAL DE LUDWIG VON MISES. Unión Editorial, S.A. Madrid. 1985 (Nueva edición). Pp. 40.
14. **Ludwig von Mises.** LA ACCION HUMANA. Pp. 1075.
15. **Murray N. Rothbard.** LO ESENCIAL DE LUDWIG VON MISES. Pp. 47 (Rothbard cita el Prefacio de von Mises a su obra "The Free and Prosperous Commonwealth: An Exposition of the ideas of Classical Liberalism", Princeton, Van Nostrand, 1962. Pp. VI y VII).